

Las dos culturas y el arte innecesario

En 1959 pronuncia en Cambridge Charles P. Snow, el científico y novelista británico, una conferencia punto de partida de una controversia que ha alcanzado gran resonancia, y sorprendentemente, dado el elevado ambiente cultural en que se desarrolló, gran virulencia y ardor. La conferencia se titulaba «Las dos culturas»,¹ y en ella se estudiaba la oposición entre Ciencia y Literatura.

Las ideas y la tesis expuesta por Snow no eran ciertamente nuevas ni originales. La conciencia de esta contradicción está latente en todo el pensamiento humano. Sin embargo es a partir del siglo XVIII cuando adquiere la violencia que ha conducido al estallido actual. El espíritu de la Ilustración cristalizó en el optimismo progresista del XIX hasta las grandes utopías socio-políticas y de ciencia-ficción del XX. En Inglaterra, adelantada de la Revolución Industrial —y de la revolución política— se sintió más rápida y crudamente este antagonismo expresado por una parte en la actitud ingenuamente científica de la Royal Society, y de otra en la sátira aguda y feroz de Jonathan Swift. Cundo Sprat en la «History of the Society» expresó el famoso «dictum» que el ideal de la prosa sería decir «tantas cosas con igual número de palabras», la

(1) *The two Cultures*. C. P. SNOW. New York. Cambridge University Press, 1959.

«Academia de Proyectistas» de los «Viajes de Gulliver» de Swift propone un «Esquema para la abolición total de cualquier clase de palabras». Y más adelante, el espíritu de Aristóteles en Glubbdebdrib establece el argumento definitivo contra la Ciencia exclamando que «los nuevos sistemas de la Naturaleza eran solo nuevas modas que variaban en cada época y que incluso quienes pretendían demostrarlos con principios matemáticos, florecían por un breve período de tiempo hasta caer en el olvido». Claro que lo que Swift ataca en realidad no es la Ciencia sino la falsa Ciencia, la pedantería y el orgullo del falso científico.

Es de nuevo en el siglo XIX inglés cuando el conflicto entre las dos culturas se presenta con características muy parecidas a las actuales como consecuencia del optimismo victoriano por el Progreso que les llevó a suponer que la Utopía estaba a la vuelta de la esquina. En esta ocasión es un literato Mathew Arnold quien en 1882 y precisamente en otra «Rede Lecture» en Cambridge ataca el mismo tema hablando de «Literatura y Ciencia». Entonces un científico, T. H. Huxley, fue su antagonista en una conferencia titulada «Cultura y Educación», en la que anunciaba, casi presagiaba, que la Literatura habría inevitablemente de ser desplazada del lugar preminente de que disfrutaba en la Educación y que habría de ser la Ciencia y no la «Cultura» la que habría de facilitar el nivel de conocimientos necesarios para una época comprometida con la verdad racional y los problemas prácticos.

Actualmente, C. P. Snow, en forma semejante, afirma que los hombres de Ciencia y los Literatos están separados por un golfo de mutua incomprensión, pero que es el científico quien tiene el futuro «en sus huesos», impaciente de ver si puede hacer algo mientras el literato se limita a sentarse complaciéndose en la triste miseria humana. Y termina con la polémica declaración que ignorar la Segunda Ley de la Termodinámica es igual que ignorar a Shakespeare.

La conferencia de Snow fue contestada en Febrero de 1963 por el Dr. Leavis en el Hall del Downing College de Cambrid-

ge, alcanzando la réplica una inesperada violencia que llegaba en algún momento a la alusión personal. A partir de entonces la controversia está en la calle y se ha convertido en uno de los tópicos del mundo intelectual.

Esta ha sido la virtud de Snow. Su tesis no era original, ni su exposición sistemática, además de resultar parcial su postura, pero su conferencia tuvo la virtud de colocar en el primer plano de las conciencias un problema latente, sentido por muchos pero mantenido por diversas razones en discreta penumbra.

La violencia misma de la controversia suscitada y la postura extrema de su antagonista el Dr. Leavis, han contribuido asimismo a hacer patente el hecho innegable de la oposición existente entre el científico y el humanista, el físico y el hombre de Letras.

La fisura que se ha producido es grave. Es algo más hondo quizá que la ya trascendente oposición entre el «pathos» y el «logos» diagnosticada ya en la antigua Grecia. Las Ciencias y las Letras no constituyen una simple oposición sino dos actitudes frente al destino, frente al quehacer humano, frente a la investigación de la Verdad. Y, en definitiva, la actitud que se adopte afectará a la estructura y la entidad del hombre mismo.

La polémica surgida ha conducido en ocasiones a consecuencia del ardor puesto en la discusión, a derivaciones de tipo personal que, aunque graves, encubren la hondura final del problema. No se trata simplemente de la irreductibilidad a nivel personal del científico y el hombre de letras —que existe y cuya falta de colaboración recíproca es de lamentar— sino de la contradictoria interpretación de la búsqueda de la verdad e incluso de la verdad misma.

El científico, la Ciencia, proclaman sus defensores, no se equivoca, no puede equivocarse. Toda teoría que ha alcanzado una expresión matemática ha logrado su integración en la verdad pura. Esta conclusión es grave entre otras razones porque parece indudable y porque significa el desprecio, o al me-

nos la desestima de cualquier otro tipo de elucubración, por brillante que sea, que utilice un camino distinto al de la experimentación y la comprobación científica.

Al mismo tiempo la oposición de la verdad, o mejor dicho, el creer que se posee, conduce inevitablemente a la soberbia y es causa del clima de incompresión que indudablemente rodea ambos tipos humanos.

Pero independientemente de la anécdota individual, la disyuntiva está planteada sobre principios más hondos. Los avances ciertamente espectaculares de la Ciencia en los últimos tiempos, han llevado a algunos a suponer que la seguridad de su camino podría conducir a la resolución perfecta y última de todos los problemas humanos. Frente al pesimismo nihilista de la Literatura se alza la nueva Jerusalén de la Ciencia. El ideal eterno de la felicidad humana ha pasado definitivamente a ser un problema de la Ciencia.

De acuerdo con esta idea —según parece indicar Snow y los seguidores científicos de su postura— han sido los hombres de letras, los portadores de lo que el mismo Snow llama con ligero acento peyorativo «la cultura tradicional», quienes por haber influido decisivamente hasta ahora en las resoluciones políticas vienen impidiendo la realización de los ideales de la abundancia que la Ciencia empieza a poner generosamente al alcance de todos los hombres.

No cabe duda, en principio, que frente a la postura optimista de la Ciencia, la Literatura ha adoptado casi siempre y con mas crudeza en los últimos tiempos, una postura negativa y pesimista. Ante la imposibilidad de resolver los problemas que el hombre tiene planteados, casi de comprenderlos, el Arte se ha limitado a desertar cayendo en un abstracismo sin esperanza. Según la tesis cientifista, esto significaría que la mentalidad literaria, artística, humanística, última consecuencia del «pathos» griego, ha perdido sus posibilidades de obtener la verdad.

Aquí radica probablemente la violencia de la controversia suscitada. La Ciencia está pretendiendo obtener el con-

trol de lo que Yeast llamaba «las fuentes de la vida». Se ha dicho ya que la Literatura examinada en sus fundamentos básicos es una especie de religión.² Y el objetivo de la religión ha sido siempre el conseguir el control de esas fuentes de la vida, entendiéndose como tales no sólo lo que da origen a la mera existencia, sino lo que concede al hombre su plenitud y posibilidades de seguir el camino que dea. Por eso la actitud ofensiva de la Ciencia adquiere caracteres dramáticos porque pretende apoderarse de la «magia» del futuro, del control de la verdad, del destino del hombre.

Todo ello lleva a pensar en la posibilidad de que el Arte pudiera ser simplemente un desahogo vital ante la incapacidad, una mera etapa de la vida del hombre, superable —como la Química superó a la Alquimia— cuyas nieblas, ciertamente bellas a veces, han de ser disipadas por la claridad de la verdad científica.

Pensamos brevemente en un hecho muchas veces observado, pero que no ha sido quizá suficientemente meditado: el artista nace y crea en el infortunio. En una ocasión le pidieron a Rubinstein que escuchara a una joven pianista ovetense, gran promesa, que dominaba la técnica del piano con seguridad. El gran pianista exclamó después de haberla oído: «su mecánica es excelente pero su interpretación adolece de que no ha sufrido bastante». A determinados pájaros se les ciega para que canten más dulcemente ¿Cual pudo ser el revulsivo mágico que hizo nacer entre los negros americanos la belleza de sus Cantos Espirituales sino la desgracia y la injusticia?

Todo Arte, todo el mundo literario empieza a tener conciencia de la amenaza de la actitud científica ante la vida, y avergonzados en el fondo, sin querer confesarlo, de su pasión y sentimientos, intentan encubrir sus reacciones emotivas buscando fórmulas artísticas semejantes a la actitud del físico, remendando en definitiva el paso de los científicos.

Los mismos estudiosos de las materias tradicionalmente

(2) LIONEL TRILLING. *Beyond Culture. Essays in life and Literatura.* Viking Press.

consideradas como «Letras» proclaman celosamente que siguen métodos absolutamente experimentales, es decir, científicos, en sus investigaciones. La Linguística ha derrotado a la Gramática tradicional creando una terminología propia, operando exclusivamente sobre «datos» objetivamente comprobados y despreciando elucubraciones apriorísticas; y se discriminan las calificaciones y atributos del «scholar» y el «critic»³ concediendo primacía a la función del primero por la naturaleza científica o incluso técnica de su labor.

En el Arte, estrictamente hablando, la situación es aún más grave. La preocupación por esconder o prescindir absolutamente de las emociones ha llegado a límites inquietantes. Ya en los años 30 con ocasión de una visita a Madrid del compositor Strawinsky, el concertino de la Orquesta Sinfónica cuyos ensayos dirigía el músico ruso, le preguntó cual debería ser el acento con que debería ser interpretado determinado pasaje. Strawinsky le contestó friamente: «límitese a tocar lo que aparece en la partitura». La novela por su parte deriva voluntariamente hacia el reportaje. El pintor abstracto lucha igualmente por eliminar de su Arte toda connotación significativa en la obra representada, buscando una pretendida verdad de las cosas «en sí mismas», aislándolas de su relación con el hombre. Pero quizá esta fórmula buscada a la desesperada no sea salvadora. Desnudar al arte de la magia que le ha caracterizado a través de los siglos arrasados por un irresistible mimetismo científico, no contribuirá a depurarlo si no probablemente a esterilizarlo.

Es preferible contemplar serenamente la posibilidad de desaparición del Arte como innecesario en la investigación de la verdad, como inefectivo en la lucha por el control de las fuentes de la vida. Vencido el dolor, superada la injusticia, eliminada la escasez, el Arte que era en definitiva una sublimación de la queja, una liberación del dolor por el grito, deja de tener sentido.

(3) La tarea del «scholar» consistiría en el tratamiento científico y técnico de base del texto literario depurando y aclarando su textura sintáctica y lógica y su contexto histórico. Al «critic» correspondería solamente una labor de «valoración» según criterios estéticos o morales necesariamente y hasta cierta medida, subjetivos.

¿Qué interpretación hemos de dar al desarrollo extraordinario que alcanza hoy día el llamado —y también criticado y vituperado— fenómeno de la «evasión»? : Literatura de evasión, cine o teatro de evasión, etc. ¿Qué supervalor no ha alcanzado el «hobby»! El Arte, la creación tradicionalmente llamada artística, se domestica, se vuelve puro juego. Y los artistas, un poco inconscientemente, se autofalsifican en una bohemia indudablemente postiza —toda bohemia es en definitiva un fingimiento «por el otro lado»— en persecución de un clima que la tecnificada y masificada sociedad actual empieza a negarles. Lo peligroso de esta situación es que la protesta organizadora resulta grotesca, carece de seriedad y la anécdota del San Germán de Prés de la última postguerra es una prueba de ello.

Es evidente que las reacciones íntimas de los hombres responden en definitiva a un mero instinto de autodefensa, no sólo en lo físico sino igualmente y quizá en mayor medida, en lo espiritual. Lo que ocurre es que habituados por una larga tradición lógica, nos empeñamos en encontrar razones psicológicas para explicarlas y como ocurre con la aplicación abusiva y prematura de los antibióticos, solo conseguimos encubrir la auténtica verdad.

La rebeldía del artista de hoy es en lugar de una acción una simple reacción e incluso diría, un desesperado y bastante primitivo impulso de autodefensa. Recuerda la actitud de los curanderos tribales ante la llegada de los cirujanos occidentales.

Naturalmente todas las reacciones humanas son complejas. Se olvida a veces que vemos solamente la gota de agua que rebasa el vaso a la brizna de paja que dobla al camello. Al mismo tiempo un sinfín de fuerzas, a veces dispares, luchan continuamente por abrirse paso hasta el proscenio de la realidad visible. Y esto en todos los órdenes. La vida es una carrera de impulsos en la que solo vemos al que marcha en cabeza, cuando en ocasiones ha alcanzado el primer puesto, utilizando un símil ciclista, «a base de chupar rueda» de

un compañero nunca reconocido y que resultó ser quien le condujo hasta la meta.

Pero en definitiva el conflicto de las dos culturas sigue en pie y las espadas en alto. Snow en un más reciente ensayo, propugna, un poco asustado por las reacciones provocadas por su trabajo anterior, la armonización de las dos actitudes⁴. Se habla ya de una «tercera cultura» puente entre las otras dos, pero la trayectoria del pensamiento humano difícilmente puede encarrilarse en direcciones preconcebidas.

Frente al optimismo, probablemente ingenuo, de los científicos, los literatos han contestado desconfiando del paraíso futuro construido por la Ciencia. Ya Huxley en «*Brave new world*» daba la voz de alarma en los años treinta y George Orwell profundiza en el aspecto sociológico en «1894», obra calificada indignamente por C.P. Snow como «the strongest possible wish that the future shall not exist» (el más fuerte deseo posible de que el futuro no exista). Realmente Orwell, como anteriormente había hecho Swift, no trataba de demostrar, como Snow pretende que la Ciencia ha de conducir a la más absoluta tiranía del hombre, sino que puede ser pervertida hasta conducir a aquel resultado. Más recientemente Ionesco en «*La cantante calva*» ha intentado presentar el absurdo mundo de un mañana científico, sin problemas materiales, desprovisto de metafísica. Mis personajes, dice el propio Ionesco «hablan automáticamente, actúan automáticamente e ilustran así cómicamente la vaciedad de un mundo sin metafísica, de una humanidad sin problemas».

No debemos olvidar sin embargo al tratar de discernir valorativamente sobre Ciencia y Arte, que tanto una como otro son solamente dos formas o caminos de investigación de la verdad, no la verdad misma. Por ello se excluyen mutuamente en el sentido de que no cabe confundirlos o mezclarlos. Puede tomarse la senda de la montaña o la del va-

(4) *A second look*. C. P. SNOW. Mentor Boors the new American Library, 1963. Finalmente, en 1966, pronuncia en Harvard el doctor Leavis una nueva "lecture" titulada significativamente "*Luddites? or There is only one culture*" Publicada en "*Lectures in America*". Chatto and Windus 1969, pág. 3 y ss.

lle, o si se quiere, marchar por la carretera o por el aire, pero cada «medio» es absoluto en sí mismo. La pretensión marxista de poner el Arte al servicio de la Ciencia es por consiguiente una imposibilidad. El resultado puede ser algo, quizá interesante e incluso conveniente, pero no es Arte. Del mismo modo la pretensión contraria, es decir, poner la Ciencia al servicio del Arte es irrealizable. Aunque apenas caben ejemplos de esta segunda experiencia podrían citarse como muestra aproximada la Alquimia, cuyos resultados tenían que ser forzosamente negativos.

En definitiva, sólo cuando el hombre alcanza la última verdad —probabilidad muy remota todavía— podría saberse qué camino era correcto y cuál equivocado, o si ambos eran acertados en mayor o menor medida. Hasta entonces cualquier postura es válida y resulta inadmisibles prescindir o subordinar a cualquiera de ellas.

Nuestro mundo actual está siendo sacudido por fuerzas intelectuales que se mueven con una rapidez superior a todo lo conocido anteriormente. La comparación de nuestros tiempos con el Renacimiento, por ejemplo, es muy relativa en cantidad y muy lejana en velocidad de desarrollo y generadora de consecuencias. La Ciencia ha pasado de simple soporte y resorte de la Técnica a clave del destino del hombre, o por lo menos, pretende serlo, desplazando al hombre de letras, al portador de la «cultura tradicional», al artista, de su misión trascendente en la que reinaba hasta ahora sin rival. En qué medida logrará la Ciencia su ambicioso propósito de arrinconar al Arte como innecesario es una incógnita que sólo el futuro podrá despejar.